

EL MANANTIAL

M^a Carmen Gil del Pino
Profesora Dpto Educación
Facultad Ciencias de la Educación
Universidad de Córdoba
Día del Maestro (27-Nov-05)

El viento pausado, uniforme, suave como el rayo rosado de la aurora, como la tenue luz del crepúsculo, caía loma abajo procedente del norte. La hierba exhalaba un perfume puro y tierno. Era hierba recién nacida. Había brotado de las largas y vivas raíces de las plantas secas apenas unos días antes, inmediatamente después de que los jóvenes que prepararon el terreno las quemasen. Tres tambores tocaban infatigables. A unas cien yardas del campamento, los doce novicios yacían sangrantes y retorcidos de dolor en torno al fuego sagrado, sobre un frío lecho de ceniza. La bóveda de un lejanísimo cielo era su único cobijo. A no mucha distancia, en la colina, la aldea se alzaba silenciosa y casi desierta. Sólo quedaban en ella algunos hombres que recogían la segunda cosecha de mijo y arreglaban sus cabañas y establos. Con noviembre había comenzado la estación árida y sus habitantes se habían visto forzados a desplazarse, un año más, a aquel paraje en el que no faltaba el agua. Los ríos Bahr el Zeraf y Bahr el Jebel y los arroyos que desembocaban en ellos convertían el lugar en uno de los más codiciados de la zona.

Sobresaltado por una claridad fulgente y por el atemorizador estampido que vino después, el delirante Langba volvió en sí. Llevaba tres días y tres noches ardiendo en fiebre y empapado en sudor, vagando su mente por espacios sembrados de innumerables y diminutas luces que parpadeaban sin cesar, perseguido por fieras, por insectos enormes y repugnantes, cayendo en simas oscuras, sacudido por escalofríos, girando en una enorme e imparable rueda. No podía moverse. Seis cortes profundos, hasta el cráneo, cruzaban de oreja a oreja su frente. Otro, delicado y circular, había dejado su pene hinchado y desprotegido, de un color morado intenso, casi negro. Un dolor espantoso, ancho y profundo, circulaba a placer por sus venas. Por su descompuesto cerebro cruzaban en frenética carrera, repetidamente, como los latigazos crueles que rasgaban el cielo en aquella seca tormenta, las imágenes, los sonidos, las sensaciones del rito *gar*: el pequeño cuchillo, desmedido ahora; los gritos de los otros novicios y los suyos, ahogados todos en el batir frenético de los tambores; las cejas y las sienas de Wukengi, el oficiante principal, embadumadas con arcilla roja; las pupilas inyectadas de odio del hermano de su padre agujoneando las suyas mientras le entregaba la lanza que lo convertía en guerrero, en «auténtico hombre»; las manos frías y firmes que lo sujetaron durante la operación; las calabazas llenas de cerveza de mijo dulce; la danza que no paraba; y su sueño, el que nació con él, el que guardaba bien hondo, asustado y desvanecido como nunca.

Siete días después del doloroso trance, los doce jóvenes iniciados fueron conducidos por los guardias del pabellón en el que se hallaban recluidos –un agujero enorme cercado con ramas secas– al río más próximo, el Bahr el Zeraf, para ser purificados. Era la hora en que las primeras luces del día colorean el cielo. Langba, abrumado aún por el dolor, caminaba apoyándose en uno de sus compañeros. A la cabeza iban los pertinaces tambores, tras ellos Wukengi y sus ayudantes; luego los novicios, vestidos con una faldilla de hierbas secas y con las pinturas propias del ritual de salida sobre sus cuerpos y rostros, visiblemente desconcertados; y por último, cerrando la comitiva, los guardianes.

La blanca luz de la luna temblaba en las aguas. Mientras Wukengi aplicaba sobre las heridas de Langba las medicinas hechas con hojas, cortezas y raíces de árboles machacadas, mientras echaba por su boca la larga retahíla de alimentos que no podía comer y las exhortaciones a la guerra y a la venganza, la cabeza del muchacho recomponía, a duras penas, el maltratado sueño. Terminada la

ceremonia del río, los nuevos hombres fueron llevados al campamento. Con sacrificios, fuegos, cerveza y danzas que duraron hasta el amanecer, celebró la tribu entera el regreso de los jóvenes, convertidos ya en feroces guerreros.

A la par que el viento del norte, propicio, cicatrizaba con su soplo constante y delicado las heridas de Langba, el que provenía de su linaje, de su tribu, adverso y tempestuoso, desgarraba implacablemente la de su corazón. Otros fueron los que juraron venganza; él, que flotaba en un espacio brillante y lleno de aromas, el que tenía que aplicarla; otros los que sembraron odio; él, forjador de un sueño blanco y vaporoso, el que había de recoger la envenenada cosecha.

Caía, bellísima, la última tarde del otoño. La tristeza atormentaba al «tierno guerrero», que andaba sin rumbo bajo un cielo rojeante. Su mente bullía. Centelleaban en ella, ahora con más fuerza que nunca, uniéndose admirablemente en frases llenas de sentido, pero terribles, las palabras que tantas veces había oído decir al hermano de su padre: «Tú eres un *gat ter*, un hijo de vendetta». «Tu padre fue asesinado, y tú naciste sólo para vengarlo». «Un *nuer* es orgulloso y desea el cuerpo de un hombre como venganza, y no sólo su ganado». «El odio debe inflamar siempre tu corazón». «Toma la lanza que perteneció a tu padre, y hónralo».

El joven llegó a un punto en el que el camino se acababa. No temió, y siguió adelante con entero albedrío y marcha decidida. Penetró, con los pies hinchados y heridos, pero firmes, como sabiendo adónde iba, en un denso y abrasado bosque de endrinos. Mientras caminaba, no podía sujetar las riendas de su pensamiento, que continuaba exhalando su larga queja. La lengua vibrátil del hermano de su padre proseguía: «La guerra crece en el corazón de un *gat ter* como la enredadera». «El padre de tu padre, que es también mi padre, compró una esposa para el hijo muerto. Yo mismo copulé con ella para que brotara un vástago de sus cenizas».

La noche trajo una luna bellísima, más radiante que el sol. Fue su luz apoteósica la que guió los pasos de Langba hacia un claro manantial que fluía con despeñada y espumosa corriente. Un hombre, que a los cansados ojos del muchacho pareció caído de la encendida bóveda del cielo, estaba abandonado, mientras sus vacas pastaban, a las dulzuras del reposo. Su cara y su cuerpo resplandecían. La mirada de aquel ser clarísimo era más deliciosa que el néctar de los dioses. Sonreía con bondad. Con la elocuencia de sus ardientes ojos –en ellos se reflejaba y encendía por encima del límite la luna– invitó al joven guerrero a descansar y le ofreció agua, alimento y abrigo. El cuerpo del muchacho, extenuado tras la larga jornada, se desplomó sobre la verdeante y aterciopelada hierba.

Enseguida dieron sus frutos los cuidados del hombre luminoso. A los pocos segundos el joven errante era otro. Sus miembros cobraron un nuevo vigor, y la palidez de su rostro desapareció. Tres veces quiso, con aquellas pupilas de fuego y agua aplicadas sólo a su alma, poner en palabras la pena y el líquido sueño que juntamente anegaban su corazón, y las tres le dijeron aquellos ojos refrescantes –ahora reflejaban y embellecían el vivo manantial–, en plática silenciosa, que habían penetrado ya en su interior, que sabían que un veneno mortal y una brasa encendida luchaban sin descanso dentro de él.

Entre fragancias, luces y rumor de agua pura, el alma tierna del muchacho se ensanchaba y ascendía con blando impulso a prodigiosas alturas. En aquel infinito sosiego, junto a aquel serenísimo hombre, las mil ideas que zarandeaban la cabeza del guerrero *nuer* se perdieron, lo mismo que humo negro, en la inmensidad de su pensamiento, y el sueño hartado resistente revoló con delicia, como ave que estrena alas, por el vasto espacio interior, abatió después en lentos círculos el vuelo y se posó sobre su pecho verde. Tuvo entonces el primer pensamiento entero de toda su vida y la primera emoción clara: «Ardo en deseos de paz –se dijo–. Sólo el amor enciende mi corazón. Sólo el amor». Largo llanto vertieron luego sus ojos.

Con las primeras luces del naciente día, Langba se despidió, sin quebrar el hermoso silencio, de aquel hombre mágico, divino, y bajo un cielo de desconocida claridad, con una luna de nácar, emprendió, florecido y oloroso su pecho, el camino de vuelta.